

Pantas de poder europeo

La belladona

Texto: FEDERICO PAZ Fotos: NATALIA MONTAÑÉS



La cocción de la mandrágora en un caldero prometía una noche de aquelarre.

Quando los dioses repartieron sus vegetales de poder por el mundo, dejaron caer sobre Europa a las amapolas, a las vides y a las amanitas, junto con una enorme cantidad de plantas con flores campanudas, molestos efectos secundarios y alta toxicidad. Hoy nos ocuparemos de la reina de este último grupo.

Las solanáceas son una amplia familia vegetal que incluye desde el tomate hasta el tabaco, pasando por la patata. Sin embargo, la mitología popular y la historia oficial europeas asocian inmediatamente su nombre con las plantas de poder pertenecientes a la subfamilia *solanoideae*. Muchas de ellas tuvieron una gran notoriedad en Europa, como por ejemplo el beleño (*Hyosciamus niger*), la mandrágora (*Mandrágora officinarum*), el estramonio (*Datura stramonium*), la hierba mora (*Solanum nigrum*), la linterna china (*Physalis alkekengi*) y la hierba de Carniola (*Scopolia carniolica*). La comercialización de todas ellas y de muchas otras solanáceas más quedó prohibida desde hace unos meses por una normativa de la Comunidad Europea, desterrando así el uso popular, por ejemplo, de la Dulcamara u "hoja de la vida" (*Solanum dulcamara*), de color púrpura como muchas otras solanáceas, y que tradicionalmente se usó para tratar unas cuarenta afecciones diferentes, así como para for-



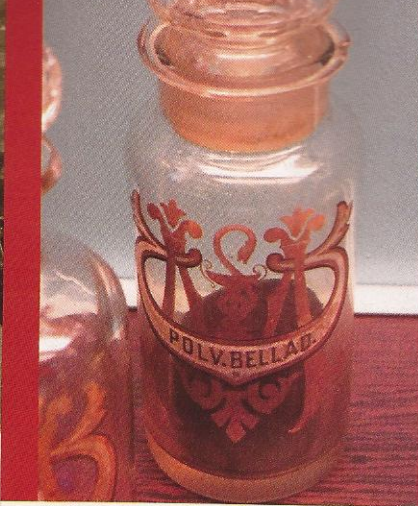
Las brujas medievales solían ser campesinas con conocimientos de herboristería.

talecer el sistema inmunológico, a tal punto que el médico ecuatoriano Edwin Cevallos fabricó con ella el BIRM, un medicamento que detiene el avance del sida y del cáncer en los pacientes.

Sin embargo, de todas las solanáceas conocidas en el continente, hay sobre todo una que evoca la más profunda religiosidad popular así como los más oscuros procesos inquisitoriales, la *Atropa belladonna*. Nos detendremos un breve instante junto al caldero donde se cocina esta mítica solanácea.

La bella y furiosa dama

La belladonna tiene numerosos nombres populares, todos ellos con claras connotaciones despectivas, como por ejemplo “hierba del diablo”, “baya de los brujos”, “baya asesina”, “tabaco borde”, “solano furiosa” o “botón negro”. Otros son más neutros, como “cereza de mayo”, que hace referencia a su baya negra y al mes en la que aparece. Es una planta que puede alcanzar, como mucho, un metro y medio de altura, nunca más que un ser humano adulto, y que distribuye sus principios activos (atropina, hiosciamina y escopolamina) entre sus raíces, hojas y semillas. La sustancia que produce las alucinaciones es la escopolamina, y todas las partes de la planta de poder son muy tóxicas, por lo que en ella son reconocidas tanto sus virtudes, en tanto anestésico local, como su mala fama, ya que muchas veces se la utilizó para envenenar rivales y enemigos. Aunque se extendió por todo el Mediterráneo,



Los polvos de belladonna nunca faltaban en la botica del barrio hasta bien entrado el siglo XX.



Atropa belladonna.

neo, su lugar de origen se encuentra en España, Francia, Grecia e Italia, y hay indicios de que los antiguos romanos mezclaban su raíz cocida con el vino en la celebración de las bacanales.

Sus efectos, luego de ser untada, son los de un sopor que envuelve al cuerpo con una capa de energía y a la mente con un cúmulo de ensoñaciones, afectando directamente al sistema nervioso central. Como se trata de una planta muy asociada a las curanderas juzgadas por brujería y asesinadas en la hoguera, hay muchas supersticiones y muy pocas investigaciones serias acerca de sus usos y potencialidades terapéuticas.

Hasta tal punto está impregnada la memoria de nuestra cultura por esta negra historia, que Antonio Escohotado cuenta que “se hicieron pruebas en la actualidad con recetas medievales, y los investigadores y los voluntarios que los llevaron a cabo mencionan vuelos mágicos y otras aventuras vinculadas a las orgías medievales.”

Sin embargo, una vez que fue vaciada de su contenido mágico tradicional, la belladonna fue diluida en los preparados farmacéuticos que inundaron las boticas de Europa durante siglos, siendo recetada para tratar el asma, la tos convulsa, los có-

licos, los estreñimientos y las úlceras, entre muchas otras dolencias y malestares.

Deep Purple

La dulcamara no es la única solanácea púrpura. Del mismo color son las flores de la mandrágora, aunque también pueden ser azuladas o verde claro. Y las de su primo el beleño, para variar, son amarillas y veteadas de púrpura. El manto púrpura, símbolo clásico del inframundo por asociación a las flores púrpuras que abrían la puerta a los mundos inferiores de nuestro plano habitual, fueron arrebatados y reciclados por la iglesia junto a otros numerosos atuendos, fechas de fiestas, sitios de poder y divinidades de las religiones europeas que precedieron al cristianismo por milenios. Por eso los obispos, aún hoy en día, se visten con este color solanáceo y se nombran a sí mismos como los *purpurados*.

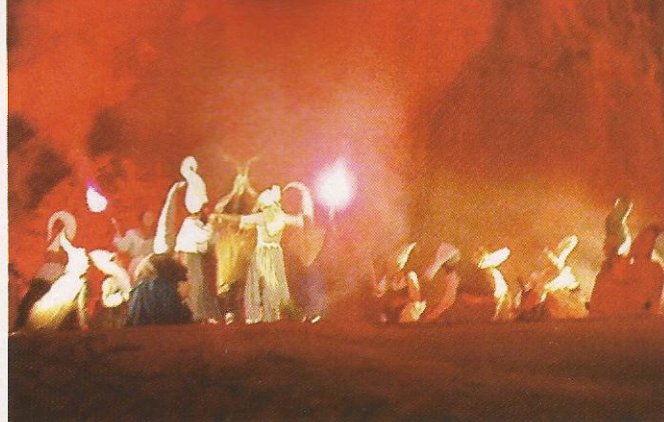
Desde el mismo momento en que la religión de la naturaleza, despectivamente llamada “paganismo”, fue desterrada de la oficialidad en el mundo romano, comenzó su apropiación de su conocimiento antiguo para el uso restringido de las clases altas, así como la persecución contra las curanderas que lo ejercían para sanar honestamente a todo el mundo.

Y puesto que éstas invocaban y representaban a sus dioses, y puesto que sus antiguos dioses fueron convertidos en demonios por los nuevos conquistadores de almas, de aquí en más hubo un solo paso para transformar a las sanadoras en brujas que asaban niños, los devoraban untados con preparados de belladonna, grasa de cerdo y ajo picado, y que participaban de aquélles con la presencia infatigable y sexualmente desenfundada de Satán. Este paso se dio en fechas tan tempranas para el cristianismo como el año 424, con la Ley Sállica, que ya se proponía exterminar a “brujas y preparadores de filtros”. El Concilio de Agde, celebrado en el año 505, ex-

La belladonna tiene numerosos nombres populares, todos ellos con claras connotaciones despectivas, como por ejemplo “hierba del diablo”, “baya de los brujos” etc.



Cueva de Zugarramurdi, donde la Inquisición metió su hocico de perro guardián de la ortodoxia.



Representación en Zugarramurdi de las ceremonias religiosas medievales denunciadas como aquelarres.

comulgó luego a “hechiceros, vampiros, y a quienes los consulten”. Para el año 1000, las populares solanáceas ya eran consideradas las plantas por excelencia donde el diablo metía su cola y otros miembros. No obstante las acusaciones, los aldeanos siguieron defendiendo siempre su derecho a curarse a su manera y a comunicarse con sus propios dioses antes que aceptar las supersticiones que les querían imponer los nuevos purpurados desde las catedrales.

Similia similibus curantur

La primera vez que fui a un homeópata, a los diecisiete años de edad, el médico, en vez de revisarme, me preguntó por mis gustos. Le respondí que me apasionaba todo lo que estuviera fuera de lugar: el humo de los *chilum* entrando fuerte, la bruma, los amores imposibles, el revoloteo de las lechuzas y de los murciélagos en las noches sin luna, las mitologías, andar empapándome bajo las tormentas y participar de todos los absurdos y excesos posibles. Obviamente, con estas inclinaciones, estaba todo el tiempo bastante pálido y resfriado. Entonces, ese hechicero disfrazado de doctor, escribió en un papelito la receta para mi curación: *Atropa belladona*.

Me resultó curioso, entonces, que me recetase un compuesto fabricado con una planta con tanta mala fama, metida en rollos de brujos e intoxicaciones mortales, sombría, con efectos bizarros y momentáneas pérdidas de la voluntad o reacciones violentas para sus usuarios, ya que mis características iban más bien en esta misma línea. Sin embargo, al poco tiempo, comencé a disfrutar también de los días de sol, de los placeres moderados y de la parte luminosa del mundo. Mi salud mejoró considerablemente.

Y es que la base de la homeopatía, supe después, es el principio de *similia similibus curantur*, de que lo semejante cura lo semejante, a diferencia de la alopatía que pretende lo opuesto, o sea que la enfermedad se cura por su contrario, *contraria contrariis curantur*. Pero fuera como fuera, asumiendo una creencia o la otra, ambas formas rivales de la medicina usaron y abusaron de la *atropa belladona*, no ya en forma de pócimas ni de ungüentos (no sea cosa que los fueran a considerar brujos), sino a través de presentaciones más formales, como por ejemplo en polvos o tinturas.

El proceso de Zugarramurdi

Para el siglo XIV, Europa ya se había convertido en una tierra sumida en la oscuridad que le impusieron sus poderes religiosos. Reinaban las acusaciones sin más fundamento que la venganza personal, la confesión bajo tortura, las interminables guerras feudales y las pestes incontenibles por la medicina oficial. Se anunciaba con grandes campanadas el comienzo de la decadencia de la nobleza y de la Iglesia, el fin de un mundo terrori-

En la irredenta Euskal Herria se sucedieron los procesos contra las supuestas brujas vascas, guapas campesinas y pastoras que eran puro mentón, nariz y corazón

fico y sin sentido, así como el inicio de otro sistema que sobrevive hasta el día de hoy y que está basado también en un sentido peor o igual que el anterior, sumido para colmo hace décadas en la ignorancia fomentada por ese caballo de Troya electrónico que es el televisor, cuya programación diaria es el menú de misas del capitalismo.

En 1484, la bula papal de Inocencio VIII le otorgó poderes ilimitados a la Inquisición, acusando a partir de entonces de hechicería y quemando a decenas de miles de campesinos, a los que el capital comenzaba a desalojar de sus tierras comunales. Y es que cuando la decadencia de la Iglesia se encontraba en su apogeo ante el ascenso de la cultura burguesa y la explicación científica del mundo, sus jerarquías se radicalizaron y se cebaron contra los curanderos rurales, a los que, luego de torturarlos y ejecutarlos, les expropiaron todos sus bienes y su sabiduría.

En la irredenta Euskal Herria se sucedieron uno tras otro los procesos contra las supuestas brujas vascas, guapas campesinas y pastoras que eran puro mentón, nariz y corazón. En 1610, cerca de la muga entre los *herrialdes* de Gipuzkoa y Nafarroa, la secta asesina llamada “del Santo Oficio” puso su ojo paranoico sobre los aquelarres denunciados de haberse celebrado en la cueva de Zugarramurdi, e inició un macro-sumario en Logroño que, con fallo dividido, resolvió ejecutar en la hoguera a más de cincuenta pobladores locales que no pudieron defenderse porque ni siquiera conocían el idioma de quienes los acusaban.

Y éste es sólo un ejemplo más de la triste herencia de Europa: haber sido raptada de su sabiduría botánica ancestral por una casta sacerdotal sobria hasta la intolerancia; mientras que en los otros continentes los usuarios de solanáceas como el toloache (*Datura innoxia*) o el pituri (*Duboisia myoporoides*) fueron considerados ellos mismos sacerdotes y consultados por todos para obtener para sí mismos sabiduría y curación. ☺